

PREGON DEL CORPUS DE TOLEDO

Luis Carandell

Tres cosas hay en España que relucen más que el sol. Y la primera de ellas es Toledo en las Fiestas del Corpus Christi. Permittedme que comience así mi pregón que, en mi caso, por ser yo sobre todo periodista, es el anuncio de una noticia, una noticia que conoceis todos pero que no por ello deja de ser una gran noticia que tiene derecho a ser anunciada. Y es la del comienzo de las Fiestas del Corpus en Toledo.

Setecientos años lleva Toledo celebrando el Corpus y, sin embargo, a cada año que pasa, la fiesta es siempre nueva, siempre renovada. No hay dos Corpus iguales, los entendidos sabrán apreciar las diferencias. El Corpus no es nunca el mismo. Quizá la fiesta, toda fiesta, en su sentido más profundo, signifique sobre todo renovación. De ahí que no sea sorprendente el hecho de que yo venga a anunciaros el comienzo de estas fiestas renovadas y cada vez más espléndidas. La fiesta es por definición un momento extraordinario en la vida de la comunidad, estoy por decir, un momento sobrenatural, y no sólo en el sentido religioso de la palabra, sino en el sentido de que representa una ruptura de la realidad cotidiana, el momento en que se suspenden las cosas malas de la vida diaria, cesan las enemistades y, por unos días, se cumplen algunas de las aspiraciones profundas de la gente, la armonía entre los vecinos, la unidad entre las personas. La fiesta no es así solamente un entretenimiento, un pasatiempo o una distracción. Es una catarsis, una purificación, que los españoles expresamos con esa frase popular tan bonita cuando decimos que, para las fiestas "echamos la casa por la ventana".

Pero es que, además, las fiestas constituyen señas de identi-

dad, signos distintivos de la personalidad de los pueblos y de las ciudades. Esto es particularmente cierto en un país como el nuestro, donde la conciencia local está tan profundamente arraigada desde tiempos antiguos. Estos dos aspectos, por un lado el sentimiento de que la fiesta es algo extraordinario, único, más allá de lo expresable y por otro el sentimiento de que esa especie de catarsis de purificación, de locura por la fiesta es algo nuestro, que distingue a nuestra ciudad de las demás comunidades, explica muy bien el auge que las fiestas tienen en España en nuestra época y también la razón por la cual la democracia, los ayuntamientos democráticos, superado el temor que en otro tiempo se tuvo por las demostraciones de la alegría popular, han prestado a estas celebraciones.

Si hay una fiesta identificada con Toledo tanto como los San Fermín^{es} están con Pamplona o la Semana Santa con Sevilla, esta fiesta es la del Corpus. Tan es así que lo que comenzó siendo una celebración eucarística, se ha convertido con el tiempo además en la gran fiesta ^{anual} ~~anual~~ para los toledanos. Como cada año, desde hace siglos, saldrá a las entoldadas calles de la ciudad, sembradas de tomillo y romero, de espliego y mejorana, la procesión del Corpus, única en el mundo. Ese día la Catedral estará refulgente como la describía en su prosa romántica Gustavo Adolfo Becquer. "Nunca la Catedral produce una impresión tan profunda como en los días en que despliega todas las galas de su pompa religiosa, en que sus tabernáculos se cubren de oro y pedrería, sus gradas de alfombras y sus pilares de tapices, cuando arden despidiendo un torrente de luz sus mil lámparas de plata, cuando flota en el aire una nube de incienso y las voces del coro y la armonía de los órganos y las campanas de la torre estremecen el edificio desde sus cimientos más profundos hasta las más altas agujas que lo coronan".

Desfilara' ese día por las calles de Toledo la más hermosa

custodia del mundo, la que labró Enrique de Arfe por encargo del Cardenal Cisneros al que sin duda le pareció poca cosa la custodia que la Reina Isabel había mandado hacer con el primer oro que Colón trajo de América. Siete años tardó Arfe en hacerla y según cuenta el historiador y cronista Luis Moreno Nieto, tan satisfecho quedó el cabildo toledano, que, en la navidad de 1493 entregó al artista, después de pagarle el precio estipulado, un aguinaldo de 2500 maravedises con la siguiente y textual recomendación: "Para que se comprase treinta pares de gallinas".

Pero al mismo tiempo que la procesión del Corpus hace salir a las calles de la ciudad los tesoros del arte que se encierran en sus templos, así también las fiestas del Corpus llenan de luz y de alegría el corazón de los ciudadanos. Contrariamente a lo que sucede con muchas ciudades monumentales del mundo, Toledo es una ciudad viva y no una desierta ciudad-museo. Lo fascinante, lo sorprendente de Toledo es la coexistencia del gran arte y de la gran arquitectura del pasado con la vida urbana, la combinación de lo grande con lo pequeño, de los soberbios monumentos del gótico o del plateresco que demuestran su condición de antigua capital de España con las estrechas callejas que llevan nombres tan enternecedores como Pozo Amargo, Alfileritos, Corredorcillo o la Vida Pobre. Ese contraste entre el colosal "bosque de gigantes palmeras de granito", como un poeta pudo definir a la Catedral, con los recogidos patios de las casas de vecindad es lo que hace el mayor encanto de Toledo. Es una ciudad antigua, no vieja, es una ciudad llena de vida y también llena de secretos, de rincones que no llegan nunca a ser conocidos del todo, de manera que, para el viajero que la visita, después de haber visto Toledo, aun queda Toledo por descubrir. La literatura de todos los tiempos ha encontrado en esta ciudad constante tema. Ya hemos hablado de Bécquer y de sus Leyendas. Algunas de las más bellas que salieron de su pluma están escritas en Toledo: "La Ajorca de Oro", "La Rosa de Pasión", "El Beso", narran historias toledanas. En estas

narraciones, como en la de Edgar Alan Poe que lleva por título "El Pozo y el Péndulo" -Poe nunca estuvo en Toledo- el escritor puso la pluma mientras que la ciudad se encargó de poner la imaginación y el arte de sus leyendas. Tirso de Molina, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Galdós, Blasco Ibañez, Unamuno y tantos otros dejaron en los rincones de la ciudad el sello de sus evocaciones literarias. Nadie sin embargo representa a Toledo y al espíritu de Toledo mejor que el gran Garcilaso de la Vega. Contemplando la ciudad desde el otro lado del río, desde el lugar donde el Greco debió de pintar su famosa "Vista de Toledo", vienen a la memoria los maravillosos versos que Garcilaso dedicó a la ciudad al evocar al río Tajo "en la parte donde baña la más feliz tierra de España". Escribe Garcilaso

Estaba puesta en la sublime cumbre
del monte y desde allí por él sembrada
aquella ilustre y clara pesadumbre
de antiguos edificios adornada.

El viajero actual, al contemplar Toledo desde lejos reconoce esa "ilustre claridad" de la ciudad del Tajo.

El espíritu del Renacimiento que tan bien encarnó el soldado-poeta aparece por doquiera en los monumentos de la ciudad. Otro personaje, también de aquél tiempo, aunque algo más olvidado que Garcilaso, es aquel italiano de Cremona que llevó a Toledo llamado por Carlos V. Juanelo Turriano, Giovanni Turrigiano era su verdadero nombre, encarna toda la capacidad de inventiva que debieron de tener los hombres del Renacimiento. El ideó una máquina que, movida por el río, servía para elevar las aguas del Tajo hasta la ciudad. El artilugio funcionó durante años desde 1568 hasta la muerte de Juanelo en 1585. Su constructor fue nombrado ingeniero mayor de Felipe II y, en los reinados posteriores, al quedarse Toledo sin Juanelo, se quedó también la ciudad sin agua corriente.

Tanta capacidad creadora tuvo este hombre, cuyo busto de bronce puede contemplarse en el Museo de Santa Cruz, que sus inventos fueron recogidos después en lo que se llamó "los veintiun libros de los ingenios y maquinas de Juanelo". Adelantándose a su tiempo, inventó una especie de robot antes de que el robot existiera. Es el famoso "hombre de palo" que da nombre a una calle toledana y que, según se dice, le hacía los recados a su inventor, tales como ir a buscar el pan y la carne haciendo de paso saludos y reverencias a las personas que encontraba en la calle.

De antiguo había sido Toledo una ciudad ilustrada y culta gracias sobre todo a la convivencia en ella de lo que hoy llamaríamos una ciudad cosmopolita cuya esencia era el espíritu de la tolerancia entre las tres culturas que hicieron España; judíos moros y cristianos convivieron en esta ciudad durante siglos dando lugar a un foco de cultura que tuvo su irradiación por toda Europa. La Escuela de Traductores creada por el Rey Sabio fue su centro y ese espíritu de convivencia que luego había de perderse con catastróficas consecuencias, dejó en Toledo muestras incomparables del arte mudejar, judío y cristiano.

De ahí que Toledo, en una época como la nuestra, cuya religión es la exaltación del pluralismo y el respeto por las ideas ajenas vuelva a ser hoy el ejemplo vivo, el paradigma de la verdadera cultura. Todas estas cosas se simbolizan ~~en~~ en las fiestas del Corpus que unen, a su tradición centenaria, el espíritu de los hombres del presente. Esta antigua capital que ha recobrado la capitalidad de una de las Españas, de Castilla la Mancha, celebra sus fiestas para hacer posible este triple ideal que está en la esencia de su historia-: la fidelidad a su ~~pasado~~ *pasado, y a la belleza que le lego su pasado,* la consolidación del espíritu de tolerancia y de convivencia que es su mejor dote, y la aplicación de la inteligencia y la inventiva a la creación de riqueza, para hacer de este país una tierra próspera y justa.

Con este deseo os anuncio hoy el comienzo de las fiestas del Corpus de Toledo!